



modada. Al recibir las pruebas de la edición castellana de *Sur l'art de la vie*, Keyserling manifestaría el deseo de que todo lo que decía de Catalunya fuera conocido entre los 120 millones de españoles de todo el mundo: “Si moi j'étais homme d'état catalan je payerai pour cette réclame même une très forte somme tant plus que justement à cause de cette réclame la Castille n'aimera pas beaucoup ce livre”.

El tándem Cambó-Estelrich, a través de Keyserling –quintaesencia del discurso contrarrevolucionario de los espiritualistas de entreguerras– proyectaba una imagen de Catalunya como país espiritual, precisamente cuando habían pasado unos pocos meses de los Fets d'Octubre. El caso de Catalunya le resultaba perfecto para ilustrar su discurso optimista, opuesto a las teorías de Spengler, para demostrar hasta qué punto la cultura del espíritu era una cosa viva, y que el renacimiento verdadero era posible. *Sur l'art de la vie* difundía al mismo tiempo el movimiento de enderezamiento cultural catalán, tomando como fuente de información el libro del amigo Estelrich, *Fènix o l'esperit de Renaixença* (1934). Pero a diferencia de los otros libros de Keyserling, *Sur l'art de la vie* no vio nunca la edición española, a pesar de los intentos de

Estelrich de llevarla a cabo. *La Vanguardia*, por otra parte, se negó a publicar las informaciones de María Luz Morales sobre la Semana de la Sabiduría de Sitges, y tampoco salió el libro que Keyserling encargó a la misma periodista.

El *Fènix*... –calificado con acierto por Josep Melià de panfleto periodístico– es un legado de esa atmósfera cultural espiritualista que impregnó los años de entreguerras. En pleno auge de los totalitarismos y distanciándose tanto del materialismo dialéctico como del tecnológico, Estelrich transita por una tercera vía, la del humanismo de tono mediterráneo, de la cual el *Fènix* es pieza elocuente. El dietario en curso de edición en *Quaderns Crema* es otra obra que, ade-

Hombres lúcidos como Gaziel intuían que Europa se encaminaba a la catástrofe y que sólo podría salvarse a través de la cultura y los valores de la Revolución Francesa

más de enriquecer la literatura autobiográfica en catalán, transmite el sueño de este nuevo humanismo de los años 30, trastornado por una vida agitada e itinerante, por las guerras, y trágicamente instrumentalizado por la propaganda. |

Gaziel al borde del abismo

JORDI AMAT

El 3 de julio de 1936 Agustí Calvet Gaziel publicó el artículo *¿Inglaterra es ya un mito?* Italia acababa de invadir Etiopía sin que las potencias democráticas se hubieran cuadrado para frenar el expansionismo de Mussolini. Gaziel confesaba

su angustia. Si el liderazgo continental cambiaba de manos, de Inglaterra a Italia, pronosticaba una profunda convulsión. “En este pleito se involucra algo más, una sorda pugna de ideas y sentimientos irreductibles: se trata de ver si con Inglaterra se hunde la democracia, y con Italia se reimponen en Europa el poder personal y absoluto, o viceversa. Nueva fase de la anti-quisísima y alternada lucha entre el Hom-

bre, el héroe nietzscheano, sediento de poder y de gloria, colocado más allá del bien y del mal, y la masa anónima, la Humanidad doliente, con su insaciada y cristiana sed de fraternidad y justicia.” Gastando una solemnidad que se hace extraña a la sensibilidad educada en el relativismo posmoderno, el periodista, como un oráculo solitario, cargaba encima de sus hombros el viejo legado de las revoluciones ilustradas. Faltaban sólo dos semanas para que estallara la Guerra Civil. Aquel fue el último artículo que publicó en este diario que él dirigía. La agonía. La subida de telón antes del cataclismo.

Hacia más de veinte años que Gaziel había empezado a colaborar en *La Vanguardia*, primero como reportero explicando la Primera Guerra Mundial. Sus crónicas tuvieron gran impacto, tanto que enseguida se recopilaron en volumen. El cuarto de la serie, *De París a Monastir*, explica en forma de dietario su peripecia por Italia, Grecia y Serbia en los últimos meses de 1915. Es el mejor libro que he leído escrito por un periodista español. En el prólogo formulaba una hipótesis sobre la significación política del conflicto. “Poco a poco ha ido levantándose frente al liberalismo constitucional o republicano, debilitado y a veces desprestigiado por el contacto con la realidad, el espíritu reaccionario de sus seculares enemigos.” La dicotomía, en el fondo, era la misma que formularía en *¿Inglaterra es ya un mito?* Aque-

lla guerra, decía en 1917, era “una fase moderna de la lucha secular, jamás zanjada, entre los espíritus de Revolución y Reacción.” Que los aliados salieran vencedores de una hecatombe tan mortífera hizo creer a sus partidarios que la paz iría asociada al despliegue de los valores que defendían, para decirlo con Gaziel, “la Libertad con mayúscula, madre antiquísima de Europa, su mayor timbre de gloria y su única razón de estar en el mundo.” Pero durante el periodo de entreguerras, la carcoma seguiría corroendo el alma idealizada.

En octubre de 1923, Gaziel leyó la conferencia *Les viles espirituals* en Girona. Su base teórica era *La decadencia de Occidente*, el ensayo más influyente de la primera mitad del siglo XX (en palabras de Ferran Sáez). “Nosaltres som avui –dijo aquel día– els primers que, passatgerament, enfoquem la llanterna de Spengler, damunt la terra catalana. Cal confessar que la primera impressió d'aqueixa nova llum és sinistra.” La primera parte del libro de Spengler, publicada en 1918 y que Ortega hizo traducir al castellano antes de que saliera la versión francesa, sostenía que la civilización europea se precipitaba al abismo. Era un ciclo vital imparable. Las masas vivían apolonizadas en las ciudades, sin energía moral y obsesionadas por el dinero. Pero Catalunya, sostenía Gaziel, se salvaría si, aparte de limar la macrocéfala Barcelona, insuflaba cultura a través también de poblaciones de segundo orden que aún conservaran una espiritualidad auténtica. Spengler, en la segunda parte del libro, publicada en 1922, propuso otra solución: el caudillaje heroico como regenerador de la decadencia europea. Gaziel, por aquí, ya no seguiría.

Ahijado a la razón y la tolerancia, durante unos años tan convulsos, no dejaría de advertir del peligro de los misticismos hipnóticos (allí el comunismo, más cerca el fascismo, al lado de casa el nacionalismo integral de Maurras) que estaban disolviendo aquella libertad con mayúscula. Por eso se comprometió como quizás ningún otro intelectual catalán del periodo, con orgullo y firmeza, en la defensa de los valores que constituían la agenda esencial de la Revolución Francesa. Los hechos masacrarían su mundo. La paradoja dramática es que nunca dejó de avalarle la razón.



Pla, Estelrich, Keyserling e Isabel Llorach en Formen- tor en 1931. En los retratos pequeños, Eugeni d'Ors y Gaziel

FOTO FONDO JOAN ESTELRICH. BIBLIOTECA DE CATALUNYA